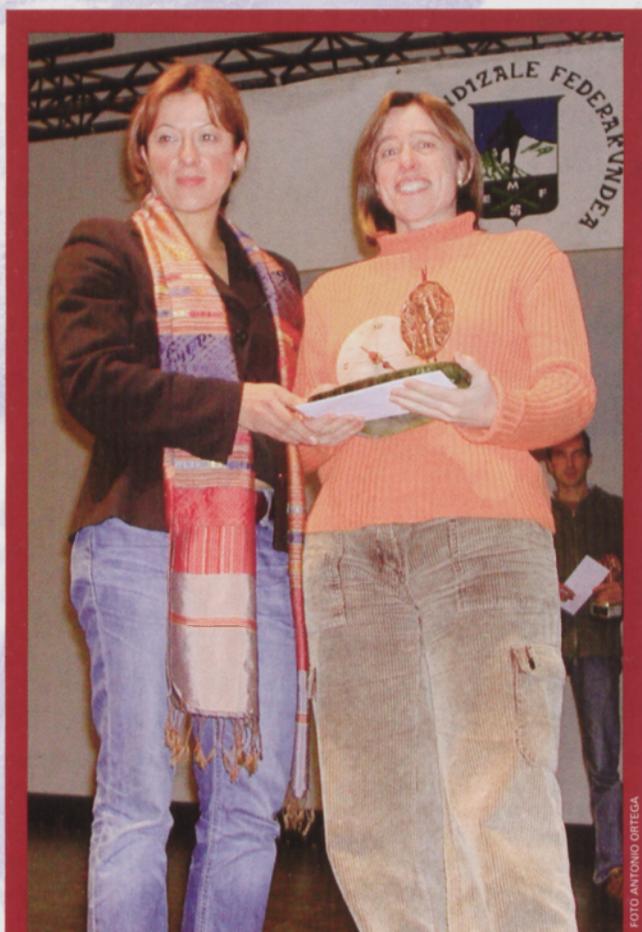


Asunción Blanco

EL SILENCIO DE LA NIEBLA



Asun Blanco recibe de Arantza Jausoro el primer premio del I Concurso de Cuentos

FOTO ANTONIO ORTEGA

DECIDIÓ que aquél podía ser un buen lugar para pasar la noche y extendió su saco sobre el mullido suelo de hierba. Por primera vez en muchos días, tuvo la sensación de que definitivamente estaba lejos de todo, de la ciudad, de sus ruidos, de sus prisas... lejos, hasta de sus propias dudas.

Y se dispuso a contemplar serenamente cómo la noche iba extendiendo su mano sobre el valle, cómo acariciaba las colinas, cómo ascendía por las montañas, y cómo, durante un breve instante, se detenía y permitía al sol lanzar sus últimos rayos de despedida. Amarillos, naranjas e increíbles violetas inundaron sus ojos, para minutos después ir desvaneciéndose lentamente. La noche terminó por ocupar el sitio que le correspondía y él percibió la indescriptible sensación de paz y bienestar que constantemente le transmitía la montaña.

Pero... ¿por qué vas allí?

Siempre la misma pregunta sin respuesta. Podía imaginar el afán de la gente por intentar comprender el poderoso influjo que ejercía sobre determinadas personas aquella actividad tan aparentemente poco placentera, pero no se sentía capaz de

describir sus sentimientos, todas las emociones que ésta le producía. Quizá, sólo un poeta pudiera hacerlo y él no lo era, así que hacía ya mucho tiempo que había renunciado a dar explicaciones. Cuando tarde o temprano la pregunta llegaba, él sólo sonreía y eludía la respuesta. En todo caso, pensaba, eso era algo que, como la mayoría de las cosas de este mundo, cada uno tenía que descubrir por sí mismo.

Se acurrucó en el saco pensando que por esta vez no iba a montar la tienda, así tendría la oportunidad de dormirse contando las infinitas estrellas que pendían sobre su cabeza, como había hecho tantas veces. Pero lentamente, sin ser plenamente consciente de ello, su pensamiento se fue apartando de los astros y le fue llevando hasta él, su amigo.

Su compañero inseparable de escalada y aventuras montañosas. Su confidente, casi su hermano, la persona con la que había compartido tantas y tantas noches como aquella. Ahora ya no era así, nunca lo sería, estaba solo... Se había prometido no pensar mucho, así que resolvió que por esta noche se conformaba con seguir añadiendo más estrellas a su cuenta.

A la mañana siguiente, un pequeño rayo de luz le acarició el rostro y entre los últimos ruidos del sueño, abrió los ojos. Se puso en marcha enseguida y descendiendo un poco, comenzó a adentrarse en el bosque.

A esas horas, una densa y pesada niebla jugaba entre los árboles. Sonrió pensando en todas las veces que los dos habían vivido algo así y se acordó de cómo disfrutaban cuando se paraban en mitad de la niebla para poder escuchar su silencio.

Perfecto, es perfecto, se decían, hasta los pájaros lo respetan. Se calla el viento, las hojas de los árboles permanecen inmóviles, nada se mueve en presencia de la niebla silenciosa. La misma que es capaz de pintar el paisaje de gris de tal manera que uno no sabe si está flotando desorientado o viviendo un mágico sueño.

De repente, una absurda intranquilidad acaba con sus pensamientos y decide cruzar a través de la espesura lo más rápidamente posible. Por un instante, ha tenido la impresión de verle a él, detrás de los árboles, sonriéndole, como una vaga sombra entre el silencio de la niebla.

Abandona definitivamente el bosque para alcanzar la luz, la poderosa luz del mediodía, la que destruirá a la niebla y a sus miedos. Además, lo sabe bien, ahora es cuando comienza verdaderamente su reto, el duelo con la montaña.

Y allí está ella, inmóvil, majestuosa, impresionante en su tamaño. Esperándole.

Se detiene a sus pies para estudiar minuciosamente el camino que deberá trazar, lo sigue con la mirada mientras va guardando sus pasos en la memoria. Primero afrontará la estrecha y pendiente canal que se extiende en frente de él, luego terminará por ascender la complicada chimenea que, una vez superada, le conducirá directamente a la arista. Arriba todo será distinto, de hecho ya se puede distinguir cómo blancas nubes chocan impetuosamente contra su borde, como si fueran las olas de un mar embravecido contra una orilla rocosa. Allí el viento marcará su ley, junto con el frío y la ventisca... pero aún queda tiempo para enfrentarse a ellos.

Comienza la ascensión a ritmo pausado pero constante, sabe que se trata de una carrera de fondo donde lo importante es llegar. Llegar y volver.

Pone toda su atención en cada uno de los pasos que da sobre las piedras sueltas de la pedrera que está cruzando, quie-

re situarse en uno de sus laterales, porque por allí la progresión será un poco más cómoda. Mientras lo hace, no puede evitar que sus pensamientos le lleven de nuevo hasta su amigo, hasta su inconsciente juventud compartida y recuerda todas las veces que bajaron pedreras iguales a ésta surfeando sobre la roca suelta.

La canal se pone cada vez más exigente, su respiración y sus piernas dan fe de ello. También el cerebro tiene que borrar todas las imágenes de su pensamiento, porque ya sólo puede concentrarse en una única cosa, subir.

Unos metros antes de alcanzar la arista, se detiene para recuperar un poco el aliento y abrigarse bien. Mientras lo hace, observa cómo pequeñas partículas de nieve vuelan por encima de su cabeza escupidas por el poderoso viento que le espera agazapado detrás del collado. Una vez alcanzada la arista, comprueba que le queda menos tiempo de luz del que esperaba, se le ha hecho tarde. Deberá encontrar cuanto antes un buen sitio para pasar la noche en esta desoladora arista azotada por el viento. Tan dura, tan expuesta... tan hermosa.

Avanza prácticamente agachado. Extrema su atención en cada paso que da, no puede permitirse ningún error. Las negras nubes del cielo adelantan la oscuridad y no encuentra un pequeño hueco amigable donde instalar su tienda. De repente lo ve, descendiendo un par de metros, una pequeña hondonada natural le servirá de parapeto contra el viento. Se acerca hasta ella y comprueba que unas piedras apiladas en círculo abrazaban el lugar haciéndolo casi confortable. Ha sido él, seguro, llegó hasta aquí y encontró, como yo, el único lugar posible para vivaquear. Estoy seguro.

Instala la tienda lo más rápidamente que puede y se refugia en ella. Enciende el infiernillo y mecánicamente empieza a prepararse la cena. No transcurre mucho tiempo hasta que alcanza lo que él piensa que es un magnífico grado de comodidad. El saco sobre sus piernas, la sopa caliente, la luz del frontal, todo es tan mágico como otras veces.

La serenidad le envuelve y no consigue evitar que las ideas ocupen el momento que han estado esperando. El propio lugar de acampada ha sido como una señal, ya no puede seguir eludiendo sus pensamientos.

...¿Qué hago aquí, qué estoy intentando demostrarme?... ¿Por qué viniste solo? Era la primera vez que nos separábamos en una salida a la montaña... ¿Dónde te caíste? ¿Qué te pasó? ¿Qué fue lo que sucedió?... No sé por qué le doy tantas vueltas, no estás y esa es la única realidad, lo demás son sólo historias... Subiré y bajaré esta montaña sólo por ti y por mí, por el último viaje que no pudimos hacer juntos...

Se duerme arropado por el calor del saco y de sus recuerdos.

El viento no ha dejado de soplar en toda la noche y la mañana amanece muy fría y oscura. Pesadas nubes negras cubren el cielo y auguran tormenta.

Camina con cuidado por la arista, subiendo y bajando falsas cumbres. Sabe que la suya está todavía a unas horas de marcha, así que no se enfada cuando toca el cielo y comprueba que la vista le ha jugado una mala pasada y otra pared se impone un poco más arriba todavía.

Después de horas de silenciosa marcha alcanza la cima, un pequeño pico sin espacio apenas para moverse. Están solos, el viento y él. Gira sobre sus pies para contemplar el paisaje en toda su dimensión, pero la visibilidad es muy mala. Está tan nublado que apenas se intuyen retazos de la belleza del paisa-

Primer premio en castellano

Historia bien escrita y aun mejor contada, con ritmo ágil. Trata de una crónica sobre una ascensión realizada en solitario. La autora describe con una especial ternura los sentimientos y vivencias del alpinista que va en busca de los últimos rastros del amigo perdido.

je. No debe permanecer mucho tiempo parado, el tiempo empeora y la bajada es peligrosa. El vértigo de la caída a ambos lados del camino se intuye más que verse realmente, así que comienza a descender con rapidez y precaución.

De repente, se encuentra frente a frente con un paso complicado que en la subida no había visto. Ahora bajando presenta una cara bien diferente. Se trata de un resalte bastante aéreo, en el cual para poder coger el primer agarre hay que confiarse, impulsarse con determinación y dar un pequeño salto. Ejecuta el paso limpiamente, pero según está, literalmente adosado a la pared, decide girar la cabeza para examinar el vacío que se abre a sus espaldas, bajo sus pies.

No le gusta contemplar por mucho tiempo esa escena. La roca está fría, se burla de sus guantes, de forma que le hace sentir sus manos como si en vez de dedos tuviera afilados cuchillos. Esta sensación no le da seguridad. Avanza unos pocos pasos más y se detiene en la primera zona segura que pisa. Luego, se vuelve para echar un último vistazo, por un instante le ha parecido que algo brillaba en el corte.

Esfuerza la vista entre las furiosas gotas de lluvia que empiezan a caer y comprueba que efectivamente unos metros más abajo, en el risco, hay una mochila rota. La reconoce de inmediato, es la de él. Un escalofrío recorre su cuerpo, piensa durante unos instantes qué es lo que debe hacer, no sabe si quiere recuperarla o dejarla que continúe allí por siempre.

Al final se decide y va en su busca. No sabe muy bien cómo lo ha hecho, pero logra recuperarla y continúa con ella el descenso.

La roca resbala peligrosamente, la ventisca ha robado la poca claridad que quedaba, y a su ropa le queda poco tiempo para mantenerse seca frente al inmisericorde aguacero que está cayendo. En estos instantes sólo desea que la silueta de su tienda aparezca entre las rocas.

El frío agarrota sus músculos y la tensión le cansa por partida doble, además la segunda mochila complica sus movimientos. Maldice la idea que ha tenido de recobrarla, sopesa incluso deshacerse de ella tirándola por el barranco, pero se da cuenta de que ya no podrá, no tendrá suficiente valor, una vez de que está en su poder, continuará con ella.

Pasan horas interminables y llegan los momentos de sufrimiento que él conoce tan bien. Aquéllos en los que uno piensa que ya no puede más y ansía encontrar el final del camino detrás de esa cercana loma o detrás de aquella roca... pero no llega. Siempre hay otro risco, otro cerro... más camino... y vuelve uno a pensar, ahora sí que ya no puedo, y puede, y sigue pensando que no, y de repente, siempre se llega.

Como ahora que por fin tiene la tienda salvadora ante sus ojos. Esta empapado y agotado. Se pone rápidamente ropa seca y se envuelve con el saco para sentir su confortable calor. Cierra sus ojos y se relaja intentando conseguir que todos los pensamientos y sensaciones vividas le abandonen por un tiempo, el suficiente para poder reponerse del esfuerzo realizado. Y así, sin darse cuenta, se queda dormido. Cuando se despierta nota que la furiosa tormenta ha terminado, ahora sólo una persistente y fina lluvia sobre la lona de su tienda, pone música al silencio.

Echa un vistazo a las mochilas que reposan, aún mojadas, a sus pies. Observa detenidamente la de su amigo, está muy rota, sólo el bolsillo superior parece haberse conservado bien. No se decide a abrirla. No es que espere encontrar nada especial, casi incluso podría decir de memoria lo que contiene, pero



siente algo que no puede explicar y que no le permite moverse, ni quitar la vista de ella.

...No debí cogerla. Para qué, las cosas son como son y nadie logra, por mucho que se empeñe, convertir el pasado en presente...

Toma aire y de un impulso la abre. Entonces comprueba que, tal y como esperaba, allí dentro no existe más misterio que una cantimplora abollada, un guante desaparejado y poco más. En su solapa superior encuentra también parte de un libro que supuestamente su amigo estaba leyendo o por lo menos se

había llevado con él. Decide que será con lo único que se quede. Esta bastante deteriorado y ha perdido muchas de sus páginas. Sonríe una vez más, al recordarle leyendo dentro del saco, con la frontal iluminando su silueta a través de él, como un gusano de luz en la oscuridad.

Va hojeando las desgastadas páginas y se encuentra con párrafos subrayados, otra de sus costumbres.

Relee todo aquello que su amigo señaló y se detiene en una frase especialmente remarcada...

... "he visto cosas que vosotros no creeríais".... ☹